

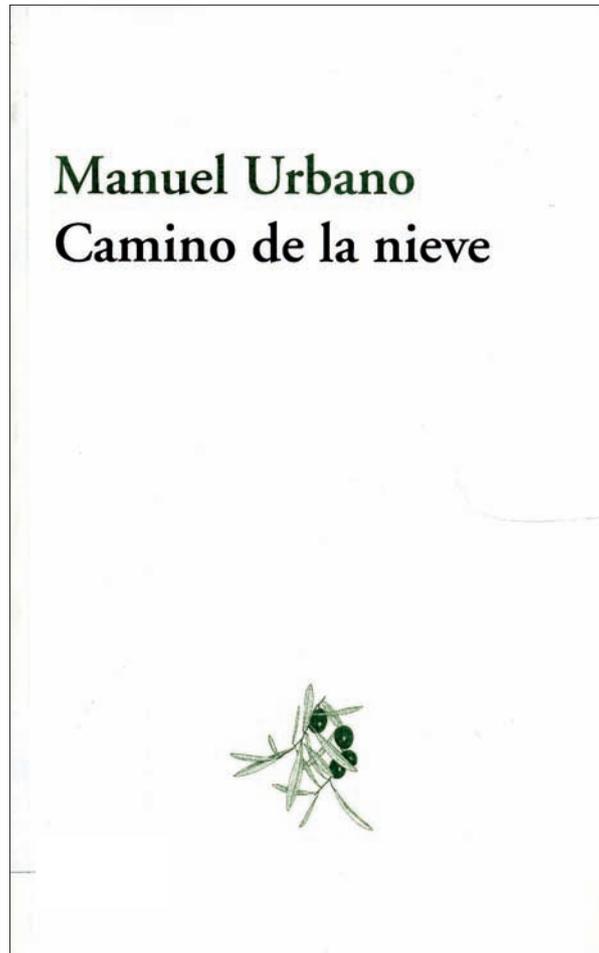
Recensiones



Manuel Urbano

*Camino de la nieve*

F. MORALES LOMAS



**L**a última obra lírica del ensayista, poeta y crítico literario Manuel Urbano lleva por título *Camino de la Nieve* y ha sido publicada en una bella edición por la Diputación Provincial de Jaén.

Está organizado en dos apartados: Cerro de los lirios (veintiséis poemas) y El reloj en el espejo (veinticuatro) con un poema prologal, «En penumbra», donde están presentes las claves del libro: el intimismo, el paso del tiempo, la nostalgia de lo vivido o la memoria de lo perdido, la soledad, la naturaleza en torno y la reminiscencia del corazón...

Urbano escribe en *Camino de la nieve* una de sus obras más personales, más sentidas y con una trascendencia noble en la que se sustan-

cia el diario acontecer y todos los matices de la existencia que en él caben. La cita de Jenaro Talens advierte del yo y su historia personal. Existe en conjunto una evidente intertextualidad de la lírica simbolista vía Antonio Macha-

do, Manuel Machado y Juan Ramón Jiménez en la que la trascendencia del lenguaje opera en la dirección de dotar al poema de una pujanza expresiva acogedora, intrínseca, gloriosa. El concepto de pérdida se hace evidente desde el primer poema, pero también de reencuentro en tanto se va y se viene por el camino del tiempo, por el camino de los afectos y los desengaños. La imagen del tú poético se hace sensual y tierna pero también el pasado con sus «arreboles fatuos del amor», aunque la nostalgia se apode-

ra de lo vivido en un camino que prologa una sublime decadencia lírica bien organizada.

La tarde, el otoño, la naturaleza mustia y decadente ostenta la presencia impertinente, de modo raudo, para conformar la propia vida y ese vacío de trinos y jardines, de triunfos y luces vencidas que se disfrutan en los límites de la subsistencia, en las lindes de la vida. Toda la geografía del encuentro adquiere entonces la presencia de la sustancia poética, su consistencia sonora con las intertextualidades cernudianas: «La tarde y tú./ Y ondea mi pañuelo/ hasta las lejanías del olvido» o «Memoria del olvido,/ noticia de un naufragio». En una de las citas de Cernuda dice también: «Olvido de ti, sí, mas no ignorancia tuya». Lo que nos advierte de esta representación turbadora de ese tú poético que actúa como vehículo punzante para organizar un mundo que se adivina perdido en lontananza, vivido y olvidado como un ejército de afectos que construyera la intrahistoria personal.

El motivo de la deserción de amor convive con el declive amoroso en torno a la tarde que, a medida que avanza el poemario, se hace solemne y coadyuva simbólica y metafóricamente en el imaginario lírico del camino. Así la imagen del ciprés en «¿Qué me queda de ti/ sino la sombra leve de ciprés...» anuncia el simbólico crepúsculo de la memoria y el paso del tiempo. Urbano canta la velada transparencia de lo elegíaco que se asoma al brocal desnudo del ser humano, y se hace una dentellada, un invierno profundo... en una simbiosis de versos en los que prenden los de arte menor de cancionero junto a los narrativo-descriptivos de corte prosaico y elegíaco en el que reconoce la apariencia de una constante: el dolor de ausencia y la relevancia de la clepsidra en su monótono caminar hacia la nada.

Abunda lo pictórico y lo solitario, el silencio y el paisaje otoñal taciturno, la tristeza y el vacío como un camino de nieve, «y la sed, en un trágico/ juego». Ese doliente aroma juanramoniano, esos campos de soledad, esos años caídos, ese paisaje que se identifica consigo mismo: «Mis años son paisaje de lejanías y ahora, ojos atrás...». El escritor piensa en otra ilusión perdi-

da, en otra ilusión vencida mientras el «corazón del tiempo/ late en voz de ceniza».

A través de su palabra la lengua se hace grande, se moldea sublime y alcanza enormes registros emotivos y líricos. Urbano adquiere una extraña asociación de afecto, intimismo, ternura y gráfica presencia lingüística, recrea la palabra, le da consistencia, fuerza, honor. Así, cuando recuerda una memoria aciaga, ésta se identifica metafóricamente con «los dedos helados de la vida». Y el recuerdo lo persigue, lo ahoga deslumbrador en continuos símiles como en «Mar y lunas» donde la espuma es negra y con las olas viene la pena de la memoria o en «El retrato» donde la tarde es cóncava y la nieve se detiene en la imagen invernal a través de los símiles de la soledad o las metáforas de las lágrimas en el otoño.

La presencia deslumbradora del tiempo conforma el paisaje de una singladura que quisiera tocar a su fin en los espejos de abatimiento o en la obsesión del recuerdo: «Agrido polvo de vida con tu nombre/ que el inclemente viento de esta cruda tarde en la que me aferro a soledades,/ trae inmisericorde a mis ojos».

El campo semántico del dolor, del tiempo, de la memoria, de la decadencia se sublima con sus paisajes otoñales e invernales, con las constantes metáforas y símiles que adquieren una representación perturbadora y con ese nihilismo agotador que resume los sueños en nostalgias y ternuras pasadas, en reflejos de los que fue, en escalofríos o herrumbres de un latido que apenas es ya perceptible.

Una gran obra lírica en la que Urbano ha mostrado que la lengua crece con el sentimiento, que la lengua es el principal vehículo para organizar la existencia, para vivir la vida en el libro, para revivir el pasado cuando la maestría se convierte en un cauce para expresar lo más profundo de lo que un ser humano lleva en su interior. Palabra y sentimiento, paisajes vividos, nostalgia de lo que fue. Todo a una en esta obra turbadora que no consuela pero crea en el lector una zozobra y una belleza aunada.

Se terminó de imprimir este nº 6 del *ELUCIDARIO*  
el día 12 de septiembre de 2008,  
festividad del Dulce Nombre de María  
en los talleres gráficos de SOPROARGRA, S.A.  
en Jaén

